
Mary Luz Estupiñán y Raúl Rodríguez Freire, traductores.

Una literatura en los trópicos. Ensayos de Silviano Santiago.

(Escaparate, Concepción, 2012)

Por Alejandro Fielbaum S.

Es un lugar común pensar que el trazo entre la deconstrucción y la crítica latinoamericana posee una data muy reciente. Tan necesario encuentro no habría acaecido sino desde el preciso tiempo y espacio en que comenzó, precisamente, el cuestionamiento a la comunidad del lugar de los previos lugares comunes, sustrayendo todo ingenuo latinoamericanismo a la crítica latinoamericana. Así, desde los años noventa, variadas reflexiones han releído, críticamente, las retóricas de la identidad a partir de las cuales habíase construido, en la crítica literaria y cultural, cierta imagen de Latinoamérica. La fuerte irrupción y asentamiento de los estudios culturales y postcoloniales en las universidades estadounidenses habría allí alcanzado su culminación: Ya no sólo se habría logrado decon-

truir la tradición literaria, sino también el relato de aquella tradición y los presupuestos que la acompañaron. Sin embargo, tan necesario gesto, al orientarse generalmente desde la estrategia de combinar filosofía europea y literatura latinoamericana —con el nombre de Borges como epítome de lo que la actual teoría buscaría pensar— ha tendido a olvidar previas formas de producción teórica, en Latinoamérica, que también podrían haber sido inspiradoras.

Evidentemente, lo descrito no resulta un reproche individualizado a quienes han destacado en la deconstrucción del latinoamericanismo, sino una descripción de la sintomática desconsideración de lo antes pensado, en Latinoamérica, desde la deconstrucción. Parte de ese olvido puede explicarse por la dificultad de acceder a textos de autores

que trazaron esa tentativa antes de los años noventa. En particular, de Patricio Marchant y Silviano Santiago.¹ En ese contexto, la recopilación de ensayos de Santiago que han traducido Mary Luz Estupiñán y Raúl Rodríguez Freire no puede sino ser una noticia alegre. Y es que la ausencia de textos de la ensayística de Santiago en español es, tristemente, insólita. El propio Santiago comentaba décadas antes que el subdesarrollo cultural había transformado el libro en un objeto de lujo, enfatizando en ello para comprender el desarrollo de la escritura modernista, y también para interrogar el rendimiento cultural del libro en una sociedad en la que se puede leer tan poco como el Brasil de fines de los años 80, retratando la difícil incidencia de un libro de tres mil ejemplares en un país de 100 millones de habitantes. Lo triste es que la lúcida descripción de Santiago permite pensar hoy, como una trágica y cómica profecía autocumplida, que el difícil alcance de sus libros ha generado una lamentable desatención a sus textos. O, quizás peor aún, su incompreensión. Así, por ejemplo, Alberto Moreiras (2001: 63-66) acerca su posición sobre consumo cultural, lectura y

ciudadanía a las de Jorge Castañeda o Néstor García-Canclini, vinculándolo a políticas culturales de carácter estatista. Al dar sólo con el texto de Santiago publicado en la compilación de Aronna, Beverley y Oviedo (1995), erra al describir su posición sin la lectura histórica desde la cual Santiago llega a las conclusiones que allí presenta, harto distintas a la de aquellos a los que sólo se los puede acercar desde la lectura aislada de uno de sus ensayos. Considerando su obra restante, habría comprendido que su crítica al canon literario no se establece en nombre de cualquier lectura propiciada por las formas estatales o mercantiles, sino destacando la singular capacidad de ciertas escrituras inciertas, de rehuir a una posible determinación del estado o del mercado.

Quizás por esa doble distancia ante las formas del patrimonio cultural o del clásico latinoamericanista es que tanto demoró en llegar la traducción de Santiago al español, pese a que sus textos no solo no están del todo lejos —en términos geográficos, temáticos e idiomáticos— de los estudios latinoamericanos hispanoparlantes, sino que además gozan de tanta importancia como “El entre-lugar

del discurso latinoamericano”, escrito hace más de cuarenta años y solo recientemente traducido al español en *Absurdo Brasil* (2000), compilado de textos brasileros coordinado por Adriana Amante y Florencia Garramuño. Que autores del nivel esta última, o George Yúdice, hayan traducido la novela *Stella Manhattan* al castellano y el inglés, respectivamente, es otro dato que hace aún más sorprendente que, de acuerdo a la documentada bibliografía de y sobre Santiago realizada por los traductores, solo el último libro de la crítica de Santiago haya sido traducido al español. A estos textos habría que sumar solo la previa aparición de la traducción publicada en el libro del trabajo “A pesar de dependiente, universal”, en el segundo número de la *Revista de Pensamiento Político*, y la existencia del “Manifiesto Artelatino” de Silviano Santiago en el website *debatecultural*. Sumando a esos datos el de la dificultad de hallar digitalmente los textos de Santiago en portugués, la conclusión es tan triste como obvia: La posibilidad de leer a Santiago fuera de Brasil depende de la generosidad de los pocos amigos que superen la triple improbabilidad de conocer, poseer y prestar los libros de Santiago, o bien

de encargarlos del extranjero, pese a los poco generosos precios de compra, y así pasar a ser uno de los amigos a quienes se les podrá pedir objetos quizás tan preciados como lo fueron los libros en Brasil a principios del siglo XX, según narra el propio Santiago.

Los traductores del presente volumen no solo han sido esos buenos amigos, sino que además se han preocupado de que otros tantos también puedan leer, y en castellano, textos tan inspiradores para pensar la cultura y la literatura latinoamericana. Los doce ensayos que se han seleccionado son algunos de los que arriban a conclusiones que exceden los estudios sobre Brasil. Se trata de una decisión lúcida, aun cuando haya impedido seleccionar otros ensayos de gran nivel, lo que parece haber sido inevitable al generar un solo volumen a partir de cinco libros.² El lamentable desconocimiento de la tradición brasileña que muchos seguimos padeciendo parece así haberlo exigido. Una buena estrategia para combatirla parece ser, en efecto, la escogida. A saber, la de poner en circulación textos que, desde la atención a Brasil, instalan reflexiones de alcance continental, mostrando que la

discusión acerca de la tradición brasileña no desliga al intérprete de la preocupación latinoamericana, sino que puede enriquecerla considerablemente. La mayoría de ellos piensa, a partir de la cuidadosa atención a cierto texto, en cuestiones críticas que no se dejan enmarcar por frontera alguna, ora nacional, ora continental. Desde un siempre singular ejercicio de lectura, Santiago instala preocupaciones varias, sin temor alguno de invadir las supuestas autonomías discursivas de la literatura, la filosofía o la crítica literaria. Por el contrario, sus textos demuestran la productividad de desplazamientos en los que se parte de unas cuestiones para llegar a otras. En particular, cuando sus desplazamientos no terminan llegando a un centro que pueda aquí, o allá, indicarse.

La idea más conocida de Santiago, en efecto, guarda relación con el ubicuo espacio de la literatura latinoamericana, a partir de su lectura de la colonización cultural como imposición de modelos que los escritores habrían de subvertir desde el huidizo *entre-lugar* en el que se situaría, siempre inestablemente, el discurso latinoamericano. Como bien indica Avelar (2005: 199, nota al pie 1)³,

con ello no se celebra un espacio intersticial, sino que busca pensar las tensiones que exigen pensar más allá de la binariedad postcolonial que exigiría escoger entre el original y la copia. Así, Santiago desplaza la tradicional contraposición entre la original creatividad y la alienada repetitividad pensando, en el paso de la repetición que difiere de lo repetido, la gestación de una nueva forma que no podría determinarse en uno u otro origen. En esas estrategias periféricas de copiar, Santiago busca pensar la infinita resistencia ante el dictado colonizador, cuya violenta actualidad exigiría, una y otra vez, nuevas formas de indeterminación. En lugar de aspirar a una identidad concluida y concluyente que pudiera resistirse a la identidad impuesta por la colonización, como bien explican los traductores en su introducción al libro, Santiago enfatiza en la diferencia como gesto de resistencia de una diferencia que desestabiliza toda recepción de lo mandado. En tal sentido, Santiago añade una *pequeña corrección* a la idea derridiana relativa al origen común —a saber, a la pretensión de una comunidad en el origen y de un origen de lo común— del signo y la divinidad como

simultáneo nacimiento, buscando pensarlo como *renacimiento*. Con ese prefijo, indica Santiago, puede pensarse la impotencia de los deseos coloniales de restituir lo que, trasladado más allá de los tiempos y espacios del mundo europeo del Renacimiento y sus prolongaciones modernas, no podría sino diferir. Fiel a Derrida, Santiago piensa, con ese prefijo, en una fidelidad imposible que exige el infinito diferir que no se deja establecer como *una* diferencia. Infiel a Derrida, quizás fiel a esa necesidad de diferir, y también de los reiterados olvidos del estatuto ético cuasitrascendental de la diferencia al que Derrida no desea ser infiel, soslaya la pregunta por un posible respeto al mandato de la alteridad de la que habría que diferir. Y es que, a diferencia del argelino, el imperativo que piensa pareciera inseparable de la imposición colonial. Lo cual exige, al escritor, recrear sus signos contra una u otra trascendencia, por cercana a algún mesianismo que esta gustase de pensarse, así como también de una posible demanda nacionalista de fidelidad que exigiese, al escritor, alguna operación en nombre de algún suelo ya trazado. Antes bien, sería en esas traiciones don-

de y cuando emergería la tradición de la literatura moderna en Latinoamérica, contra las retóricas colonialistas o nacionalistas de la identidad.

Los distintos ensayos versan, en efecto, sobre distintos gestos concretos de aquella apropiación y subversión de lo recibido, así como sobre los procesos de construcción de literaturas a partir de tal condición periférica. Ya en la literatura portuguesa Santiago describe este movimiento, a partir de la lectura de *Madame Bovary* que realiza Eca de Queirós, repensada desde la ficción borgiana sobre Pierre Menard. Leyendo un texto a partir de imaginación de otro texto a propósito de la lectura, Santiago piensa, en 1970, el infinito proceso del préstamo sin deuda, propio de la impropiedad de las literaturas periféricas. Generosamente, los traductores parten asumiendo la deuda con ese ensayo que poseen los otros textos que presentan. Provenientes de distintos libros de Santiago, los trabajos traducidos brindan una retrospectiva amplia de su ensayística, gracias a la exposición de textos escritos en distintas décadas, y relativos a variadas temáticas. Así, tocan cuestiones que van desde las motivaciones del

viaje hasta la relación entre experiencia y narración en la postmodernidad, pasando por las políticas y retóricas de la homosexualidad, la relación entre tradición y modernización literaria o el espacio de la literatura ante la industria cultural de masas. Santiago se vale, para pensar unas y otras cuestiones, de clásicos y contemporáneos de Latinoamérica y Europa, a través de lecturas simultáneas cuya discusión y contraste abre la chance de la reflexión del autor. Es claro que intentar acá resumirlos resultaría tan obtuso como infértil. Y no tanto por los límites del presente espacio, sino particularmente porque los escritos de Santiago ejercen una singular resistencia a todo esquema. A través del trazo del ensayista, cuyos antecedentes bien ha estudiado, los textos varían en tonos, intensidades y temas que difícilmente se dejan ordenar linealmente.

276

Uno de los últimos, “El cosmopolitismo del pobre”, encara la discusión contemporánea sobre cosmopolitismo a partir del cine de Manoel de Oliveira. Desde algunas escenas que permitirían pensar nuevas prácticas de movilidad a partir de su recurrente interés por el viaje como crisol de nuevas formas cultu-

rales, Santiago reimagina un cosmopolitismo capaz de torcer el reflejo especular entre un cosmopolitismo liberal solidario de la lógica colonial y una política de la diferencia cultural, enmarcada en las retóricas estatales de la identidad desde las que se autoriza el discurso multicultural. Se trataría de pensar el cosmopolitismo desde la situación del colonizado, lo cual exigiría el sobrepasamiento de toda demarcación cultural impuesta por uno u otro régimen colonial, para así poder gestar nuevas formas desde la infinita lectura del canon ajeno que no se puede prescindir ni repetir. Su estrategia, por tanto, no sería cosmopolita pese a ser latinoamericana, sino que, precisamente, desde el impreciso entre-lugar, afirmaría su vocación cosmopolítica. En ese gesto, para Santiago, no sólo se destituye el mandato ajeno, sino que se construye, sin la necesidad de una determinación concluyente, el espacio desde el cual se lee. Escribir desde un lugar no significaría, entonces, hacerlo para el lugar afirmando su espacio, sino dismantelar sus límites a partir de una reflexión que no puede sino nutrirse de lo extranjero. En tal sentido, la escritura desde el entre-lugar latino-

americano se situaría en la demanda por un nuevo cosmopolitismo que minaría, simultáneamente, el concreto localismo y el abstracto universalismo, a partir de la infinita lectura que excedería toda concreción en una figura determinada de lo local o lo global. Así, la propia reflexión de Santiago permitiría repensar, desde un estricto cosmopolitismo, las estrategias por reubicar la producción latinoamericana en el mundo desde una diferencia que ya no implique subordinación, sino desde una nueva articulación de un cosmopolitismo reacio a universalidad alguna que pueda preciarse de ser, concluyentemente, la figura de la civilización.

En la entrevista con los traductores que cierra el libro, Santiago comenta la exigencia que su singular estilo pareciera imponer a quien se enfrente a ellos: "*Mi literatura propicia al lector una incomodidad que, si no lo distrae el cansancio y termina abandonando el libro, promueve un tipo de experiencia que puede ser fascinante. Moraleja: tengo pocos lectores y los que tengo son apasionados*". Es plausible indicar lo mismo sobre una ensayística tan compleja como necesaria, dada la multiplicidad de discusiones y referen-

tes que la atraviesan. Precisamente por la importancia de sus temas, parece difícil imaginar una estrategia más complaciente con el lector por parte del autor. Si lo puesto en reflexión ha exigido a tan lúcido pensador una y otra torsión interpretativa para dar con la singularidad de lo que debe ser pensado, justo resulta también exigir al lector ese otro esfuerzo más que constituye, para Derrida (2001), al cosmopolitismo. Es decir, la vocación por sobrepujar los límites para intentar comprender a otro que, en este caso, mucho permite comprender las modernas y contemporáneas reinvencciones y límites del otro. El primer esfuerzo de los traductores se plasma en el volumen que comentamos, al brindar la posibilidad de leerlo en español. Queda al lector, entonces, la exigencia infinita de atender a lo traducido para nutrir su inventiva crítica a partir de la lectura, experiencia cuya creatividad tan bien ha descrito Santiago. En este caso, la de ensayos tan soslayados como imprescindibles para una discusión latinoamericana que, en su necesaria reinvencción, no puede sino pasar por las reflexiones expuestas en el libro que presentamos.

Notas

- ¹ Es más que probable que, precisamente por lo descrito, existan otros autores que desconozcamos. Afortunadamente, hay datos auspiciosos relativos a la relectura, al menos, de los indicados. En el caso de Marchant, sobre el que no nos podemos aquí extender, véase la creciente bibliografía sobre su obra que hemos documentado en el sitio web www.filosofia-chilena.cl
- ² Pensamos, en particular, en los ensayos “Uma literatura anfíbia”, “A viagem de Lévi-Strauss aos trópicos”, “Oswald de Andrade. Elogio da

tolerancia racial” y “A crítica literária no jornal”.

- ³ Es justo indicar que Avelar, acaso por su formación en Brasil, ha reconocido la importancia de Santiago como teórico, y no solo como novelista, aún cuando haya prestado más importancia a esta última faceta de su obra (2000). Así, en un texto tan informal como sincero (2006), indica que habría sido el primero en reconocer la importancia de la deconstrucción. Es de esperar que, en el futuro, de él u otros intérpretes surjan textos que no se limiten a concluir aquello, sino que parten desde allí como premisa para abordar, exhaustivamente, la obra en cuestión.

Bibliografía citada

- Amante, Adriana & Garramuño, Florencia (Comps.) (2000): *Absurdo Brasil*. Buenos Aires, Biblos.
- Aronna, Michael & Beverley, John & Oviedo, José (1995): *The Postmodernism Debate in Latin America*. Durham, Duke University Press.
- Avelar, Idelber (2000): *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago, Cuarto Propio.
- (2005): “*Xenophobia and Diasporic Latinoamericanism: Mapping Antagonisms Around “The Foreign”*”. En Moraña, Mabel (Editora). *Ideologies of Hispanism*. Tennessee, Vanderbilt University Press.
- (2006): “Silviano Santiago: Uma homenagem em seu aniversário”. En http://www.idelberavelar.com/archives/2006/10/silviano_santiago_uma_homenagem_em_seu_aniversario.php
- Derrida, Jacques (2001): *On cosmopolitanism and forgiveness*. Nueva York, Routledge.
- Moreira, Alberto, (2001): “Theoretical fictions and fatal conceits”. *The exhaustion of difference. The Politics of Latin American Cultural Studies*. Durham & Londres, Duke University Press.